

El cine en Chile

Obviamente tiene sentido la premisa que inspira este libro de Jacqueline Mouesca "*El cine en Chile*" (Planeta-Universidad Andrés Bello). Tan importante como el cine chileno, son las huellas del cine- de todo el mundo- en el imaginario colectivo, en la sensibilidad y la cultura. Ya en 1896, muy poco después de las primeras andanzas de los hermanos Lumière en Francia, hubo proyecciones de cine en Santiago y Valparaíso. En 1913 había en la capital 51 "biógrafos", como se decía entonces; en 1921 se estrenaron 891 películas. El auge se incrementó con el cine sonoro. Un público enorme asistía a las funciones, lo que duró hasta la llegada de la televisión. Algunas películas se convirtieron en hitos, como "*Lo que el viento se llevó*", "*King Kong*", "*Los verdes años*", "*La ronda*", "*El derecho de nacer*" y "*La dulce vida*".

Desde un comienzo hubo intentos por hacer cine en el país, con fortuna desigual. De la época muda sólo resistió el paso de los años "*El húsar de la muerte*" de Pedro Sienna. En un siglo de cine tal vez no haya más de una docena de películas chilenas dignas de consideración. En cambio ¿cuántas cintas europeas, norteamericanas, mexicanas o argentinas conmovieron o divertieron a millones de espectadores?

Jacqueline Mouesca, investigadora y académica, incursiona en este campo de la historia cultural. Aborda tres temas complementarios: "Cuando el cine sonoro llegó a Chile", "Una revista llamada *Ecran*", y "De la crónica a la crítica cinematográfica", que ocupa casi la mitad del volumen. Contextualiza cada investigación en la situación económica, social y cultural que vivía el país y aporta conocimientos e interpretaciones con amplia base documental.

En Chile, el cambio al cine sonoro se produce con el estreno de "*Melodías de Broadway*" a comienzos de 1930, seguido ese mismo año por "*El cantor de Jazz*" y "*El angel azul*", con Marlene Dietrich. Produjo polémicas ardorosas porque eran muchos los que identificaban el cine con el arte de las imágenes silenciosas que dejaban campo a la imaginación y tenían -otros- la penetración cultural y el cambio de identidad que provocaría el predominio incontrarrestable de la industria filmica norteamericana. Eran los

años de la crisis económica y las turbulencias políticas que se apaciguaron solamente a finales de la década.

Heraldo del cine sonoro y del "*star system*" fue la revista *Ecran*, fundada precisamente en 1930 y que existió casi durante cuarenta años. Su influencia fue enorme. Bajo la dirección de María Romero llegó a una circulación de más de 120 mil ejemplares semanales en todo el continente. Contribuyó a la creación de un público que vivía las fantasías de Hollywood pero también aportó a la creación del gusto por el cine de calidad.

De mayor aliento es el ensayo en torno a la crítica cinematográfica que la autora concibe como una especie de "servicio público", una disciplina que debe ser útil al espectador y no solamente para el intercambio entre iniciados. Con esa amplitud no subestima la crónica periodística que cumple un papel importante en la formación de los espectadores. Desde la crónica impresionista y arbitraria de los primeros tiempos -en que en algún momento aparece la figura de Hernán Díaz Arrieta (Alone)- hasta las crónicas periodísticas informadas y polémicas de Carlos Ossa, Rafael Sánchez, José Rodríguez Elizondo, Joaquín Olalla, Gerardo Claps y Hans Erhman, todo apunta a la formación de una "masa crítica" que tiene sus primeras expresiones en los años cincuenta, y se desarrolla en la década siguiente en una atmósfera de profundos cambios sociales y fuerte inquietud intelectual. Surge el "cinéfilo", espectador calificado y entusiasta, que vibra con la "*nouvelle vague*" francesa, el cine de autor, las grandes realizaciones europeas y el emergente cine del tercer mundo. Nacen los cines clubes, las cinematecas, los foros y la crítica especializada, hasta llegar a la Escuela de Cine de la Universidad Católica y la revista "*Primer Plano*", punto culminante de trabajo especializado y riguroso que se interrumpe con el golpe militar y que marca, también, el término del libro. Aparecen allí Sergio Salinas, Héctor Soto, José Román, Agustín Squella y el fallecido Hvanimir Balic que desde muy jóvenes se ligaron al cine y lo pusieron en el centro de sus preocupaciones, haciendo una significativa contribución a la cultura.

El libro de Jacqueline Mouesca abre una ruta para el estudio del impacto del cine en nuestros hábitos de recreación y en la vida cotidiana. Lo hace con finura y profundidad ●

HERNAN SOTO

JUNTO FINAL N° 409 (19.12.97) p. 20

A A 5082